

Thomas Erikson

Infamia

Traducción del sueco de
Francisca Jiménez Pozuelo

 Siruela

Nuevos Tiempos/Policiaca

Índice

El delito	11
El juicio	177
El veredicto	441
Agradecimientos	459

Cualquier semejanza con la realidad
es completamente intencionada.

El delito

«El tribunal se encargará de que se observe el orden en el procedimiento. El tribunal puede determinar que distintas cuestiones o partes de la causa deban tratarse por separado o que, en caso de discrepancia, se efectúen en el orden establecido en los párrafos 6, 9 y 10. El tribunal se encargará también de que la causa sea investigada según requiera la naturaleza de la misma, y que no se incluya nada innecesario. Por medio de preguntas y observaciones, el tribunal tratará de corregir posibles ambigüedades y/u omisiones que se efectúen en las declaraciones. Ley (1987:747)».

Cap. 46 Ley de Enjuiciamiento Criminal, párrafo 4

Capítulo 1

Al principio no entendió a qué se debía el silencio al otro lado de la línea telefónica.

Pero fue solo al principio. Después reconoció la voz.

Era una voz débil y triste.

—Me han robado el móvil —dijo ella.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tom Leijon mientras se sentaba en el sofá.

—Me han quitado el móvil —repitió—. Se lo han llevado. El nuevo.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? —preguntó Tom, desconcertado.

—¿Puedes venir a buscarme? Me han robado el móvil —dijo ella con voz débil.

—¿Dónde estás, Sara?

Tom se pasó una mano por la garganta y tragó saliva, notando el movimiento de la nuez bajo la piel.

—Espera —pidió ella.

Oyó ruidos y murmullos de fondo.

Sara le facilitó una dirección en Marieberg. Tom miró el reloj. Eran las tres y media de la madrugada del 14 de diciembre. La noche de Santa Lucía. Una de las noches festivas más tradicionales. Él la había celebrado solo, viendo un par de películas que no había tenido la oportunidad antes. Sin nadie más. Nadie con quien compartir la cena de Santa Lucía. No se atrevía a pensar cómo iba a ser la Navidad.

Sobre todo sentía inquietud ante las fiestas. El videoclub había ido tan mal en noviembre que apenas si había habido beneficios. Cada vez más gente descargaba películas de la red. En poco tiempo no le quedarían clientes.

—Voy para allá —anunció alejándose del teléfono y recogiendo los pantalones que estaban tirados en el suelo. Miró la pantalla. «Número oculto». ¿Y si ya no estuviera allí cuando llegara?

Tom se puso una camiseta que olía a sudor y cerró la puerta de un tirón.

Capítulo 2

Nina Mander se sentó delante del escritorio de Gabriel Hellmark. El despacho estaba tan desordenado, como de costumbre.

El comisario no apartaba la vista de la pantalla. Iba sin afeitarse y llevaba la camisa arrugada. Por algún motivo se percibía una mueca de descontento en su boca. Nina sabía que en ocasiones intervenía en las investigaciones de otro grupo e incluso dirigía distintos equipos a la vez. Sin duda trabajaba demasiado, como de costumbre. Delegar no era su fuerte. Llegaba el primero y se marchaba el último. El comisario Hellmark siempre trabajaba más que los demás.

—¿Qué vas a hacer en esta fiesta? —preguntó sin mirarla, mientras deslizaba los dedos por el teclado.

—¿Para Santa Lucía? No lo he pensado.

No sabía si la iba a pasar con Alex. Él no le había dejado claro si trabajaría o no ese día. La vida de consultor incluía una buena dosis de libertad, pero esta parecía tener un precio. Podía verse desbordado de trabajo de repente a pesar de que creía que ese día iba a estar libre. Había clientes que lo llamaban por teléfono en cualquier momento.

—¿Puedes trabajar? —dijo Hellmark apartando el teclado.

Se enderezó y hasta Nina pudo oír el crujido de la espalda.

Ella reflexionó unos segundos.

—No lo sé.

—Tenemos muy poco personal. Hay gente de baja.

Mencionó varios nombres y los relacionó con una larga lista de enfermedades según iba desplazando el ratón.

Nina recordó lo que había aprendido de su jefe. «Sé clara y no utilices más palabras de las necesarias».

—Vale. Trabajaré.

Su superior guardó silencio.

—Va a salir un montón de mierda, para que te vayas haciendo a la idea. Tienes formación de sobra para todo eso.

—Está bien.

Él volvió a mirar la pantalla. En cuestión de segundos estaba aporreando las teclas como si su vida dependiera de ello. Nina supuso que ya estaría pensando en otra cosa. Hellmark había conseguido lo que quería y estaba listo para la tarea siguiente. Ella sabía que no le iba a dar las gracias.

De regreso a su despacho fue pensando qué iba a decirle a Alex. No sabía si llamarle y decirle que no planeara nada o dejar que él se lo preguntara. Estaba acostumbrado a actuar por su cuenta y a seguir principalmente sus propios caminos. Pero a veces mantenía también una actitud expectante.

Llamó al buzón de voz del consultor y le dejó un mensaje.

Durante el último año se habían visto con regularidad, pero ambos trabajaban demasiado y seguían sin quedar a diario. Cada uno vivía en su propio apartamento: ella en Vasastan y él en Östermalm. Iban a su casa o a la de él. Ambos tenían libertad. En cierto modo era bastante práctico.

Con Alex no fue amor a primera vista, su interés por él fue creciendo poco a poco mientras trabajaban juntos en la búsqueda del Asesino de los Millonarios, que era el apodo que le había puesto la prensa al caso. Durante la investigación, en la que él ayudó a la policía como experto en comportamiento humano, ella lo veía como un simple consultor. Pero luego fueron conociéndose. Lo uno llevó a lo otro y una visita inesperada al domicilio de él acabó en algo que Nina no pudo controlar.

Al principio se preguntaba si realmente sentía algo por él o solo era un modo de evitar la soledad. No estaba segura. Acababa de cumplir los treinta, y no tenía ninguna prisa en averiguarlo.

Capítulo 3

Tom conducía el coche a demasiada velocidad por la aguanieve. Apenas había tráfico y el viejo y abollado Honda se deslizaba por las calles resbaladizas. Llegó en quince minutos. En una esquina vio a tres figuras inclinadas alrededor de un dispositivo móvil con linterna. Sara era una de ellas.

Salió del vehículo y fue corriendo hacia ella. Respiró hondo el aire gélido y miró al hombre y a la mujer que estaban en pie junto a Sara.

El hombre se guardó el móvil en el bolsillo, abrazó a Sara y se apartó.

—Gracias por prestármelo —dijo Sara con voz cansada—. Gracias por... —añadió y luego se detuvo mirando a Tom, buscando su mirada.

Él la miró y la saludó.

La pareja se fue alejando. La mujer volvió la cabeza. El hombre dijo algo y ella se volvió de nuevo. Después ambos desaparecieron por una esquina.

—Eran cuatro —dijo Sara.

Tenía magulladuras en un lado de la cara. Un ojo hinchado. Su tono de voz, habitualmente desenfadado, se había vuelto grave, apagado. Percibió una ronquera que no reconocía.

—Eran cuatro, yo me negué... —añadió, secándose el rostro con el anorak—. Dije que no, pero eran cuatro. Mari desapareció...

Tom la abrazó con todas sus fuerzas. Cerró los ojos. De pronto se dio cuenta de que ella iba sin ropa por debajo del anorak. La apretó con más fuerza aún contra su cuerpo. Tenía los pantalones vaqueros rotos por la parte de la cintura. Estaban a siete grados bajo cero. Al parecer también le faltaban los calcetines.

Tom trató de pensar con frialdad mientras se dirigían al coche. Al ver a Sara sentada a su lado en el asiento del copiloto tuvo la sensación de que él no tenía derecho a estar allí. A pesar de que ambos vivían en la misma ciudad, desconocía por completo la clase de vida que ella llevaba. Tal vez en esos momentos debería de estar otra persona con ella. Intentó recordar la última vez que Sara lo llamó. Fue pocos meses antes.

Soy su hermano, pensó. Ella ha recurrido a mí, a nadie más.

Tom esperaba lágrimas y nervios, sin embargo Sara estaba serena y centrada. Quiso poner la denuncia de inmediato. Mientras subían las escaleras de la comisaría de Kungsholmen, se iba apoyando en él. Era la única comisaría que conocía, además de la más cercana. Una agente de policía que estaba allí acudió rápido al percatarse de lo que le había ocurrido a Sara. La mujer miró a Tom y levantó las cejas.

—Soy su hermano —susurró él mirando al suelo. ¿Por qué bajó la voz? Tal vez tuvo la sensación de que las paredes de la comisaría se encogían en torno a ellos.

La mujer de uniforme le dio unas palmadas en el brazo y él asintió con la cabeza a la par que le temblaba la mandíbula.

—Ahí tienen café —dijo con un perceptible acento extranjero.

Tom condujo a Sara a una habitación que le recordó a la sala de espera de un dentista, pero sin revistas manoseadas y ajadas y con sofás desgastados de color azul de comienzos de los ochenta. Sintió frío, se debería haber puesto algo más que una camiseta debajo de la chaqueta, pero el café estaba caliente y se lo bebió agradecido. Le ofreció a Sara una taza que ella rechazó con un leve movimiento de cabeza. Estaba tan callada que se asustó.

—Sara, no se librarán de esto.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—Lo prometo. Tendrán su castigo.

Sara miró al suelo.

—Ya lo verás —afirmó convencido.

Después de unos instantes volvió la agente de uniforme.

—Espere aquí —dijo con mirada severa. Luego acompañó a Sara por el pasillo hasta una habitación que había un poco más adelante. Tom las siguió con la mirada.

Se sentó a esperar.